

# *Notas sobre la interpretación mesiánica de la figura y obra de Joaquín Costa\**

POR

JOSÉ DOMINGO DUEÑAS LORENTE

Los estudiosos de la obra costiana coinciden en señalar que no fue hasta 1961, en torno al cincuentenario de la muerte de Costa, cuando un grupo apreciable de universitarios empezó a ocuparse de la herencia intelectual del autor con el detenimiento y rigor necesarios. En España, no sólo incidió en ello la progresiva configuración de unas universidades cada vez más cualificadas y volcadas en la investigación, sino también el que hubiera transcurrido tiempo suficiente como para que fuese posible un acercamiento a la obra de Joaquín Costa desprovisto de los apasionamientos que había despertado, en un sentido o en otro, su figura, cuya fama póstuma, como es sabido, había relegado durante no pocos años las abundantes y meritorias páginas que llevan su firma. No obstante, aún hoy, especialmente en Aragón y a revueltas de las frecuentes conmemoraciones de su nacimiento o muerte, Costa es invocado en ocasiones no tanto como erudito sino como autoridad moral, capaz de refrendar con una sola frase toda una orientación política o de disipar las dudas que pueda despertar cualquier iniciativa económica o social.

A tenor de las controversias, de las adhesiones incondicionales, de las suspicacias y reflexiones que ha removido la obra costiana, su recepción se nos presenta todavía hoy como una de las más problemáticas y atractivas que puedan afrontarse por estos lares. Y es que la herencia intelectual de Costa ha corrido, sin duda, una suerte bastante singular: George J. G. Cheyne pensaba que la influencia política del montisonense “fue más grande de lo que se supone –aunque esto [decía el propio Cheyne] puede verse más claro en los epistolarios que en las obras mismas–”<sup>1</sup>. Pérez de la Dehesa lamentaba que los trabajos de investigación de Costa nunca hayan sido demasiado conocidos, aunque advertía que sus “fórmulas de emergencia, en cambio, pasaron al público y por algún tiempo se convirtieron casi en credo nacional”<sup>2</sup>. Con referencia a *Oligarquía y caciquismo*, en concreto, Alberto Gil Novales señalaba que la “eficacia revolucionaria” de la obra fue escasa, pero que había servido “eminente para la creación de una conciencia nacional: en esto su mensaje ha sido fecundo, y no debe ser olvidado”<sup>3</sup>. Por su parte, Eloy Fernández ha apuntado que, en Aragón, ya se evocaba a Costa hacia 1926 como un mito comparable al de Goya o al de San Juan de la Peña<sup>4</sup>. A su vez, Alfonso Ortí ha puesto de manifiesto cómo en los años de la primera guerra mundial la promoción de intelectuales agrupada sobre todo alrede-

dor de Ortega modificó sustancialmente sus percepciones de Costa y de su obra dentro de un empeño más amplio de reafirmación de los valores propios de la burguesía urbana y del capitalismo<sup>5</sup>.

De quienes pudieron percibir directamente la impronta de Costa como hombre de acción cabe extraer algunos testimonios bien elocuentes: Azorín, por ejemplo, escribió que en el fin de siglo “domina todas las influencias la de Joaquín Costa”, de modo que, como “político y erudito”, nuestro autor “da el tono a todo ese periodo histórico”<sup>6</sup>. Años después, en 1923, Manuel Azaña trazaba un implacable ajuste de cuentas con la promoción anterior a la suya, en el que observaba:

Muchos hallazgos de Costa se han convertido en lugares comunes de la conversación y del periodismo, y es probable que tarden en caer en desuso, porque la misma generalidad de la expresión permite atribuirles, en cambiando los tiempos, sentido diverso<sup>7</sup>.

Por las mismas fechas, S. Valentí Camp pensaba que “[I]o fundamental” del pensamiento de Costa “sigue viviendo en la conciencia de todos los elementos sanos de nuestro país y no cabe duda de que más tarde o más temprano triunfará (...)”<sup>8</sup>. Algo menos optimista se mostraba poco después Luis Araquistáin, y no por falta de méritos del escritor en cuestión:

En otro país sería ya cuantiosa la literatura de difusión y examen de la obra de este gran escritor político; en España no hay aún una edición completa. Ha habido admiradores ciegos de la labor de Costa, casi profesionales del costismo, y ha habido en torno de este interés afectivo, como un desierto en torno de un oasis, una nación indiferente<sup>9</sup>.

## LA PERVIVENCIA MÚLTIPLE DE COSTA

Parece evidente, en definitiva, que la difusión e impronta de Costa, no exenta por supuesto de controversias, olvidos intencionados o numerosas interpretaciones interesadas, adquirió en seguida proporciones fuera de lo común. Más difícil resulta, claro está, llegar a acuerdos acerca de la recta interpretación de su acción política. No obstante, a mi juicio, en lo sustancial continúa vigente la ya antigua percepción de Alfonso Ortí sobre el significado político global del León de Graus. Según Ortí, hemos de pensar que el aragonés “representa el caso excepcional en la España de su tiempo de un intelectual procedente del campesinado, que a pesar de su promoción en el mundo de la burguesía urbana (abogado, oficial letrado, profesor de la Institución Libre de Enseñanza, notario...) no sólo no se desarraiga de sus orígenes campesinos, sino que toda su obra puede ser interpretada (...) desde el punto de vista de una defensa de las necesidades y del destino del pequeño campesino”<sup>10</sup>.

Así, cabe entender que la precaria situación económica de la familia Costa-Martínez, debida a razones de orden estructural, resultó factor determinante –sin menoscabo de otros complementarios– para que Joaquín Costa Martínez

(Monzón, 1846–Graus, 1911) se sintiera impelido ya no a desenvolverse únicamente en los planos teóricos de la Historia, el Derecho o la Educación, al modo de sus correligionarios de la Institución Libre de Enseñanza, sino a conocer y mejorar las pautas materiales y concretas que regían la vida de su propio grupo social, el pequeño campesinado. En este sentido, resulta bien ilustrativo el borrador hallado y citado por George J. G. Cheyne, en el que el aragonés achacaba a Francisco Giner, su por otra parte admirado maestro, la postergación del “elemento económico” en sus planteamientos:

Eso [el hecho –aclara Cheyne– de que él, Giner, no tuvo preocupaciones económicas] le ha incapacitado para dar al elemento económico el primer lugar, para ver en él, y no en pedagogías abstractas, ni en la conciencia del deber y demás filosofías de sobremesa, la condición primordial para una vida sana y honrada<sup>11</sup>.

En el mismo sentido, no se ha de olvidar, como señalaba Carmen Frías, que desde 1891 a 1899 el ámbito de actuación política de Costa fue estrictamente comarcal, de modo que sólo más tarde “el programa comarcal se transforma en un programa nacional de regeneración política y desarrollo económico”<sup>12</sup>. No fue, pues, el “desastre” del 98, como a veces se ha dicho, lo que incitó a Costa a participar activamente en la política de su tiempo sino la crisis agraria de los ochenta, propiciada por la llegada a los puertos españoles de trigo americano más barato que el cultivado en el interior de la Península, y que afectó muy negativamente a los agricultores pequeños propietarios del Alto Aragón. Así, “[e]n este contexto –escribe Carmen Frías–, Costa eleva su voz en defensa del pequeño campesino, sector del que él mismo es representante, y ataca directa y duramente al proteccionismo cereal que bloquea las expectativas de desarrollo nacional”<sup>13</sup>.

Bien es cierto que tras la pérdida de Cuba y de manera acentuada en el proceso de radicalización política que Costa experimentó en sus últimos años, cuando configuró en sus actuaciones públicas y sus escritos un populismo cada vez más exacerbado “contra la oligarquía”<sup>14</sup>, trató de convertirse en portavoz de bases sociales más amplias, y así varios de los textos recogidos en *La tierra y la cuestión social* o en *Los siete criterios de gobierno* sobrepasan expresamente los objetivos originarios de defensa del pequeño campesinado, aunque sin duda los incluyan<sup>15</sup>.

No cabe duda de que si Costa asumió como misión política fundamental la defensa del campesinado pequeño propietario, identificando a menudo su progreso con el de la nación en su conjunto y asimilando en ocasiones a sus intereses los de otros sectores sociales perjudicados por la oligarquía, la proyección de la propia función o de la propia figura que apuntó el polígrafo en sus intervenciones y escritos ha de ir vinculada y acompañada con tan elevada tarea. George J. G. Cheyne anotaba en este sentido que “pocos hombres habrá, creo, en quienes se pueda ver tan claramente que su obra fue su vida”<sup>16</sup>.

Al mismo tiempo, esa poco menos que inquebrantable fidelidad a sus orígenes, la obligación moral con que Costa asumió la defensa de su propia clase, alimentó necesariamente la tantas veces recordada carga afectiva que desplegó en sus actuaciones públicas, así como la energía moral con que revistió su discurso, circunstancias que, a mi juicio, contribuyen a explicar en buena parte la mitificación de su figura. A este respecto, ya advirtió Unamuno nada más morir nuestro escritor que “lo que le hizo llegar a tanta gente no fue su ciencia; fue su retórica” y añadía que “el efecto que Costa producía, producíalo por su literatura, por su retórica, por su arte, por su poesía, si queréis”. Anotaba además Unamuno, en cuanto ejemplo ilustrativo de lo dicho, cómo a Costa le habían llegado “las lágrimas a la voz” en su discurso de los Juegos Florales de Salamanca<sup>17</sup>.

Por otra parte, la propia empresa que asumió como suya Costa favoreció la tendencia hacia lo concreto que imprimió a su tarea intelectual desde muy temprano: la mejora de las formas de vida del pueblo, el progreso de la nación explican que abordara multitud de asuntos diferentes, que diera prioridad a unas propuestas u otras según las urgencias de cada momento o que, incluso, modificara, ante nuevas circunstancias, formulaciones o estrategias anteriores. Ya hace unos años que pusieron en evidencia Jacques Maurice y Carlos Serrano –al tiempo que echaban de menos en el autor un sistema de interpretación capaz de articular sus muchas sugerencias aisladas– que Costa había encumbrado el hecho concreto como materia de observación, de modo que “[e]l hecho es a la vez método y objeto de conocimiento”<sup>18</sup>.

Tal cúmulo de circunstancias, y no es la menor la propia ambigüedad de la posición social de Costa –de origen campesino, pero intelectual liberal por su formación–, propició que la producción costiana, sin carecer de cohesión en su conjunto, fuera no sólo extensa y variada sino también contradictoria en ocasiones y que, especialmente después de la muerte del polígrafo, sus escritos pudieran ser interpretados de acuerdo con muy diferentes credos políticos y puestos al servicio de intereses contrapuestos, hasta el punto de que lo mismo se ha tildado al autor de “prefascista” como se le ha juzgado proclive al anarquismo.

#### “HOMBRES, HOMBRES, NO PAPEL MASCADO ES LO QUE NECESITAN LOS PUEBLOS EN DISOLUCIÓN”

Con semejante contundencia se expresaba Joaquín Costa en “Los siete criterios de gobierno”, discurso que pronunció en Zaragoza en febrero de 1906 con motivo de la Asamblea Municipal Republicana. Costa se reservaba el último de los “criterios” para recabar el auxilio de un “hombre superior”: “Gobernar por actos, no por leyes; hombre superior, no Parlamento”. Y aclaraba que “este enunciado (...) encierra la clave de las demás claves del edificio”<sup>19</sup>.

No obstante, su preocupación por la misión de los “hombres superiores” o providenciales o por implicaciones colaterales, como la dictadura o la tutela de los pueblos, se remonta a bastante antes de que terciara en la vida política. Puede decirse que ya apuntan tales asuntos, si bien de forma tangencial, en los comienzos de su trayectoria intelectual: así, en su tesis doctoral, *Historia crítica de la revolución española*, presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, en 1875 –y publicada por primera vez hace unos años por Alberto Gil Novales–, o, con mayor detenimiento, en uno de sus primeros libros, *La vida del derecho* (1876).

Más adelante nos ocuparemos de ello; ahora nos interesa ver en qué medida estos temas pertenecían al bagaje ideológico del fin de siglo, cómo pudieron revertir las propuestas de Costa en su propia imagen pública o en qué grado estas interpretaciones pueden considerarse cabalmente inducidas por la obra o la actuación política del polígrafo.

Durante el periodo finisecular se convirtió en lugar común, sobre todo tras la guerra de Cuba, la solicitud de hombres excepcionales, capaces de encontrar las soluciones que se negaban a los demás, y tanto fue así que el asunto fue satirizado con notable éxito en el sainete de los hermanos Cuevas *Aquí hace falta un hombre*, representado en el teatro Apolo, de Madrid<sup>20</sup>. El propio Costa aludía en 1902, sin ninguna complicitad, por cierto, al uso burlesco de la expresión: “El instinto popular lo viene diciendo desde hace muchos años, y ha pasado, por fortuna, la moda de reír el apotegma: «*Hace falta un hombre* al frente del Estado»”<sup>21</sup>. Y observaba, en otro momento: “España siente vivamente la necesidad de hombres, y como no los tiene, se echa a soñar y los inventa: para eso tiene tan fértil y lozana fantasía”<sup>22</sup>. En el mismo orden de cosas, parece bien significativo que quien se autoconsideraba, como veremos, el más fiel discípulo de don Joaquín, Manuel Bescós (*Silvio Kossti*), escribiera a su maestro en abril de 1900 que, para implantar la Unión Nacional como partido político en Huesca y su zona de influencia, “se necesita *un hombre*, un jefe”, y añadía: “con la linterna de Diógenes en la mano, hemos buscado *el hombre*”, pero “[s]i el hombre no parece, creo que será inútil el guerrillejar dispersos”<sup>23</sup>. A este respecto, ya dejó anotado R. Pérez de la Dehesa, con evidente acierto, que Costa había incorporado a su más cuajado “ideal de neoliberalismo” una “urgencia un poco angustiada y un personalismo muy español con matices mesiánicos”<sup>24</sup>.

Es evidente que tales preocupaciones, entroncadas en tradiciones culturales muy vivas a lo largo del XIX, se insertaron durante el fin de siglo, en los países occidentales, dentro del marco más amplio de la crisis del liberalismo y de sus consecuencias: la puesta en cuestión de la antigua articulación social, la instauración del sufragio universal masculino o, en definitiva, la reorganización de las clases y grupos dirigentes. Como bien apreció Alfonso Ortí, el regeneracionismo fue la respuesta configurada en España ante la crisis general del liberalismo en Europa<sup>25</sup>. Y en esta coyuntura los regeneracionistas, y Costa entre ellos, consig-

naron como evidente la necesidad de “tutela” del pueblo español, consecuencia de su “minoría de edad” cultural y política, de modo que se hacían precisas personalidades de cualidades excepcionales o bien –de acuerdo con propuestas algo posteriores– grupos o elites especialmente capacitados para la delicada tarea de señalar las directrices de la sociedad.

Las consideradas como primeras promociones de intelectuales españoles terciaron una y otra vez en el candente problema de la reorganización del poder en la sociedad. Así, Unamuno, que se declaraba discípulo de Costa en bastantes aspectos<sup>26</sup> y que se desenvolvía en los años finales del XIX dentro de parámetros culturales próximos a los del aragonés<sup>27</sup>, demostraba, también como Costa, una notable idealización del pueblo a la vez que una no menor desconfianza hacia sus actuaciones. Tanto Unamuno como Costa mantenían un concepto de “pueblo” heredado del romanticismo alemán, del *volkgeist*: el pueblo como depositario de formas de vida ancestrales, de valores antropológicos y éticos, de identidades, en suma, que ante el desarrollo del capitalismo finisecular corrían peligro de desaparecer bajo el manto uniformador y despersonalizador de los nuevos usos económicos. Pero a la vez ambos, formados al fin dentro del liberalismo decimonónico, desconfiaban de la capacidad y criterios del pueblo. Don Miguel escribía, por ejemplo, en 1897: “No creo que quede ya otro remedio que sumergimos en el pueblo, inconsciente de la historia, en el protoplasma nacional, y emprender en todos los órdenes el estudio que Joaquín Costa ha emprendido en el jurídico (...)”. Y en 1900, en la apertura del curso académico de la Universidad de Salamanca, exhortaba a su auditorio: “Tenéis que descubrir a nuestro pueblo tal como por debajo de la historia vive, espera, ora, sufre y goza”<sup>28</sup>. Sin embargo, casi a la vez confesaba a José Enrique Rodó, en carta de 1901, sus desconfianzas al respecto: “Lo que aquí se impone es una tutela ejercida por los intelectuales, pues otra cosa sería la barbarie”<sup>29</sup>.

En un mismo orden de cosas, aunque ya sin ocultar una clara proclividad hacia la burguesía urbana, Ramiro de Maeztu achacaba en 1911 a don Joaquín el haber distorsionado el recto sentido de la relación entre pueblo y elites:

Creyó que para la transformación de los pueblos era preciso que los sabios se adaptasen a ellos. Pero no es así como los pueblos se transforman, sino cuando llega a ellos una idea que surja de los sabios<sup>30</sup>.

No se olvide, por otra parte, que esta misma fue la inquietud teórica que reflejó Ortega en muchas de sus páginas más conocidas, desde *España invertebrada* (1921) a *La rebelión de las masas* (1930): “Tal vez no haya cosa que califique más certeramente a un pueblo y a cada época de su historia como el estado de las relaciones entre la masa y la minoría directora”, escribía en la primera de las obras citadas<sup>31</sup>.

## COSTA: PROFETA, MOISÉS, MAESTRO, GRANDE HOMBRE

Dentro de este ámbito de preocupaciones, que abundó durante el fin del siglo XIX y primeras décadas del XX, se han de entender los empeños de “vertebrar” la sociedad –que apuntaba Ortega– o de “esculpir” al pueblo español –que pretendía Costa–. Aunque si Ortega actuó desde la referencia social de la burguesía urbana, Costa construyó sus propuestas pensando sobre todo en el pequeño campesinado, en el que reconocía básicamente al pueblo, y, a revueltas de una concepción biologicista, spenceriana, de la sociedad, identificaba a este pueblo con lo natural, al tiempo que consideraba la Naturaleza como pauta y modelo, de modo que en sus páginas se intercalaron algunas vetas de índole determinista<sup>32</sup> o se asomaron soluciones de orden un tanto mágico –en cuanto situadas al margen de la historia y conectadas más con el curso, algo arbitrario, de lo natural–, como la de los grandes hombres. No obstante, hay que reconocerle a Costa, evidentemente, la incorporación del “elemento económico” –como él mismo decía– a sus análisis.

Sin duda, a Ortega debemos un análisis más moderno del problema de los “grandes hombres” que el que abundaba en el fin de siglo, en cuanto que se consreña al ámbito de lo histórico y social para desmenuzarlo:

La influencia pública o, si se prefiere llamarla así, la influencia social, emana de energías muy diferentes de las que actúan en la influencia privada que cada persona puede ejercer sobre la vecina. Un hombre no es nunca eficaz por sus cualidades individuales, sino por la energía social que la masa ha depositado en él. Sus talentos personales fueron sólo el motivo, ocasión o pretexto para que se condensase en él ese dinamismo social (...).

Venimos, pues, a la conclusión de que los “hombres” cuya ausencia deplora el susodicho tópicos son propiamente creación efusiva de las masas entusiastas y, en el mejor sentido del vocablo, mitos colectivos<sup>33</sup>.

Pero al mismo tiempo también hay que anotar, por supuesto, el carácter socialmente conservador e interesado de la visión de Ortega, portavoz expreso de la minoría selecta<sup>34</sup>. La reflexión orteguiana acerca de los mecanismos de relación entre los “grandes-hombres” y las masas tiene, por otra parte, el mérito de intuir ya algunas condiciones esenciales del fenómeno político que luego se ha estudiado como “populismo” y que en sus múltiples manifestaciones incluye como constante la presencia de “un líder, habitualmente carismático, cuya honestidad y fuerza de voluntad garantiza el cumplimiento de los deseos populares”, según escribe Sagrario Torres en alusión a los movimientos populistas en general<sup>35</sup>. Y no hay sino recordar, en este sentido, que el polígrafo de Monzón es hoy, entre los estudiosos, ampliamente entendido como ejemplo destacado del populismo regeneracionista de entresiglos: ya sea catalogado como “el máximo exponente del populismo español”<sup>36</sup> o como “caso arquetípico de lo que podemos denominar un *populismo imaginario*”<sup>37</sup>.

Poco después de la muerte de Costa, en efecto, S. Valentí Camp trazaba un atinado retrato del personaje en el que percibía claramente ya cómo el pueblo había proyectado en la figura del aragonés no pocas de sus aspiraciones más propias: “el gran público (...) vio en el insigne pensador no sólo el portavoz de las aspiraciones colectivas, sino el hombre-síntesis del movimiento reivindicador del alma nacional, vilipendiada y escarnecida por los políticos de oficio”<sup>38</sup>.

Ya en vida, la figura de Costa se vio revestida con alguna frecuencia de ribetes mesiánicos, tocada por la impronta de hombre providencial. Así, es bien ilustrativa la opinión del cardenal Cascajares, que refiere Edmundo González Blanco parafraseando a su vez a Manuel Bescós: al parecer, la reina regente, María Cristina, consultó con el cardenal algunos asuntos de orden político y éste le contestó que “sólo había un hombre capaz de salvar a España: Costa”<sup>39</sup>. Con todo, fue especialmente tras la muerte de don Joaquín cuando su personalidad adquirió contornos míticos, de modo que su nombre pudo ser utilizado una y otra vez como refrendo de muy diversas causas.

Ya en los años de la primera guerra mundial, en las famosas polémicas entre aliadófilos y germanófilos, Costa apareció convertido en bastión tanto de un bando como del otro. No deja de sorprender, al respecto, que el periódico liberal oscense, *El Diario de Huesca*, fundado en 1875 por Manuel Camo Nogués y nada partidario durante años –por la voluntad de su fundador– de favorecer la influencia de Costa, no veía inconveniente en 1915 –dirigido entonces por Alejandro Ber– en acudir al autor de Monzón para respaldar y dar mayor alcance a su aliadofilia<sup>40</sup>.

No obstante, por lo que conozco, la visión de Costa como ser providencial alcanzó su máxima expresión en los escritos del grausino Ángel Samblancat, quien en 1923, en su “Joaquín Costa. Semblanza y psicografía”, sostenía, por ejemplo: “En las grandes crisis de los pueblos, cuando las soberanías se apayasan y las naciones dan tumbos mortales (...) aparecen esas almas rayos, esos espíritus de excepción que la naturaleza forma replegándose en sí misma (...). Las tales almas son jehovianos ‘fiats’ en el caos; hogueras encendidas en la noche para ahuyentar a los lobos”. Y Samblancat incluía en tamaña categoría a Moisés, Isaías, Tácito, Juvenal, Dante, Lutero, Milton, Víctor Hugo y al propio Costa<sup>41</sup>.

En enero de 1916, otro fidelísimo seguidor de Costa, Manuel Bescós, quien debía al maestro incluso su seudónimo, *Silvio Kossti*, entablaba una larga polémica con Ángel Samblancat a propósito de un manifiesto germanófilo de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, en el que esta institución se proclamaba partidaria del triunfo de “los imperios centrales” a la vez que “depositaria y guardadora fiel del pensamiento y la doctrina de aquel fundador nuestro, excelso patriota, conductor de pueblos, malogrado para la patria”<sup>42</sup>. El republicano, anarquizante y aliadófilo Samblancat, desde *Ideal de Aragón*, y *Silvio Kossti*, germanó-

filo, firmante con otros del manifiesto y autor del mismo<sup>43</sup>, desde *La Crónica de Aragón*, empuñaron una y otra vez el nombre de Costa, bien para respaldar sus respectivas posiciones o bien para desautorizar las contrarias.

*Kossti* no dudaba en afirmar que “[p]ara definir cuál fuera el pensamiento de Costa en tal ocasión y en tamaño problema yo no reconozco autoridad más grande que la mía”, pero para mayor redundancia todavía citaba conversaciones privadas o declaraciones públicas de Costa, en las que éste había mostrado su temor a que España cayera bajo la influencia y el dominio políticos de Inglaterra, lo que, a juicio de *Kossti*, resultaba suficiente para deducir que el polígrafo hubiera apoyado a Alemania en la contienda:

Da usted como cierto —escribió *Kossti* a Samblancat— y se lamenta en su carta de la ofensa que hemos inferido a nuestro maestro y fundador, el gran Costa. No, mi buen amigo, no hemos ofendido sino antes bien honrado la memoria de nuestro Grande Hombre. Si viviera, él hubiera escrito este manifiesto en igual sentido patriótico, y claro es que con harta más elocuencia que nosotros, sus discípulos<sup>44</sup>.

Por su parte, Samblancat, a propósito del citado manifiesto germanófilo, sostenía lo siguiente:

En Aragón y en España se abusa con demasiada frecuencia del nombre de Costa. No hay menester pseudo patriótico para el que no se le invoque, ni cuchipanda electoral a la que al “Único Hombre” no se cite (...) como recurso para decorar con flecos y festones y colores vivos un brindis (...). Como el león está muerto, no hay bestezuela de la historia natural que no se atreva con él y que no quiera adornarse con sus despojos (...).

Hay nombres que no se deben eructar. El nombre de Costa es una hostia con la que no pueden comulgar todas las bocas. El nombre de Costa es como el de Dios. Hay que pronunciarlo con labios limpios y añadiéndole siempre una bendición o una alabanza. Hacer otra cosa es cometer sacrilegio<sup>45</sup>.

No obstante, en otro capítulo de la misma polémica, Samblancat, como afectado momentáneamente por un afán de modernidad o novecentismo —o tal vez sólo de iconoclastia—, él que tan imbuido estuvo siempre de los postulados más propios del fin de siglo<sup>46</sup>, intentaba desacralizar su visión de Costa a la vez que trataba de actualizar su percepción general de la Historia o hacía gala, de paso, de su célebre estilo lapidario y de su talante provocador: “Yo estoy por las ideas, y no por los pueblos ni por los hombres. Costa mismo me importa un pepino. Yo soy costista de los pensamientos de Costa, no de su retórica ni de sus barbas. Si usted logra demostrarme que Costa, si viviera, sería germanófilo, me cisco en él”<sup>47</sup>. Si bien, más adelante, cuando ya conocía de primera mano el manifiesto causante de la polémica, alegaba:

El día que en el interior seamos fuertes no tendremos que pensar en sacudir el yugo de unos para aceptar el de otros. Al fin y al cabo, los amos son todos malos porque el mal no está preci-

samente en ellos, sino en la servidumbre. Esto es lo que pensaba Costa y no lo que ustedes escriben, señores de la Cámara Agrícola. *Hic est discipulus qui testimonium perhibet*, aquí está el discípulo que da de ello testimonio, puedo decir yo como el evangelista Juan<sup>48</sup>.

Poco después redundaba el escritor grausino en la defensa sin paliativos de su percepción de Costa como ser providencial, capaz por sí solo de hacer avanzar en grado impensable la historia de una colectividad:

La raza es fuerte aún. Porque si no, no hubiera producido a Costa, aquel león, aquel león auténtico y verdadero de nuestros desiertos. No sabéis cuántas energías se hubieron de condensar y cruzar en el amor de sus padres para que de sus labores naciera un coloso así<sup>49</sup>.

En suma, al poco de la muerte del polígrafo, su obra ya no era entendida de manera ni mucho menos uniforme por sus más allegados seguidores, aunque ello no obstaría para que desde un ángulo o de otro apareciera aludido como Insigne, Maestro, Sabio, Moisés o Grande Hombre. Cabe preguntarse hasta qué punto tales juicios, de claro abolengo mesiánico o providencialista, u otros de parecido talante<sup>50</sup>, pueden considerarse inducidos por actitudes o formulaciones del propio autor, en qué medida la acción política del propio Costa se vio condicionada por la necesidad de un hombre providencial que él mismo reclamaba.

“¡ESCULTOR DE PUEBLOS! ¿ES GUASA?”

George J. G. Cheyne publicó hace ya unos años el borrador de una carta de Costa a su paisano y amigo Rafael Salillas<sup>51</sup>, en la que agradecía a éste un artículo publicado en enero de 1906 en la revista *Ateneo*, de Madrid, donde el conocido penalista glosaba la figura del polígrafo –según transcribe Cheyne– como “un gran maestro y un gran educador que siembra ideas y fija normas de conducta”. Entre otros, el manuscrito de Costa tiene el interés de mostrar la reacción del autor “ante –como dice Cheyne– la adúladora obligación en que le ponían aquéllos que querían ver en él al cirujano de hierro y al escultor de pueblos, cuyas características y necesidad había descrito con tanto ahínco (...)”. Por otra parte, el propio Costa se mostraba particularmente atraído por lo que llamaba la “filosofía del fracaso” político expuesta por Salillas y que el mismo Costa condensaba así: “carencia de plasticidad y potencialidad en la masa para hacerse susceptible de ser esculpida conforme al diseño del Artista”. En suma, Salillas culpaba a la “masa” del fracaso de las diversas iniciativas políticas de su amigo, a quien calificaba además de “cirujano de hierro” y “escultor de pueblos”:

Tanto como cirujano de hierro, ¡psch! –replicaba don Joaquín–. Para eso basta con tener mal genio, haber sido acosado como perro rabioso 40 años. Pero ¡escultor de pueblos! ¿Es guasa?

Pensaba Cheyne que Costa “consiente que Salillas le llame cirujano de hierro, con lo cual acepta que tales condiciones se reúnen en su persona. Pero el ‘psch’ con que da su consentimiento indica un cierto elemento de escepticismo”<sup>52</sup>.

También observaba Cheyne cómo el concepto de “escultor de pueblos” sólo aparece al final de *Oligarquía y caciquismo*, cuando reclama Costa “varios estadistas de capacidad y de corazón, escultores de pueblos”. Tal vez por esta cualidad, la de ser una condición del estadista, pensamos por nuestra parte, don Joaquín se preguntaba si no era “guasa” calificarlo a él como tal, protagonista al fin de “una vida *manquéé*”, según escribía a Salillas.

En cualquier caso, el artículo de Salillas y la carta de éste ponen de manifiesto cómo ni uno ni otro juzgaban muy distantes las características morales y las condiciones políticas que había atribuido el León de Graus al “cirujano de hierro” –en las que luego nos detendremos– y su propia persona. El mismo Unamuno, que trató bastante a Costa, decía del aragonés: “se sintió profeta y hasta tribuno del pueblo. Empezó entonces a predicar revolución y el efecto fue mágico”<sup>53</sup>. Y es que, en fin, bien se puede decir, como pensaba Cheyne y mencionábamos arriba, que en Costa “su obra fue su vida”, por lo que no ha de extrañar que quisiera emular con su propia vida el modelo de “hombre superior” que perfiló en diversos momentos de su obra. En este sentido, Alfonso Ortí observaba, en efecto, cómo el autor favoreció cierta identificación ya no sólo entre su vida y su obra sino entre su persona y el devenir colectivo del país:

Pues es el propio Costa el que se erige a sí mismo en símbolo de la tragedia nacional, en numerosas ocasiones, mucho más allá del 98, como cuando muy avanzada ya su parálisis, en mayo de 1908, es transportado en una silla de ruedas al Congreso para impugnar el proyecto de ley contra el terrorismo de Maura. Allí, como diversos relatos más o menos literarios nos han transmitido, Costa lloró públicamente, identificándose con una patria en ruinas y sin futuro (...) <sup>54</sup>.

Y en este proceso de identificación entre vida y obra, entre persona y discurso político que propició, como decimos, Costa, parece evidente que proyectó en ocasiones una imagen de sí mismo un tanto emblemática, aglutinadora cabal de las sensibilidades del pueblo, e incluso un tanto taumatúrgica o providencial. Buena parte de todo ello puede apreciarse, por ejemplo, en el discurso “Las víctimas de la República”, que Costa pronunció en Zaragoza en 1906, donde insistía con particular vehemencia en que había sido elegido diputado en 1903 porque encarnaba la oposición más frontal al régimen político vigente:

Zaragoza electoral encarnó en mí una protesta, un espíritu y un ideal o un programa: una protesta, la protesta viva, ardorosa, de un irreconciliable, de un incompatible que soy yo contra todo lo existente; un espíritu o un sentido profundamente, enérgicamente revolucionario, reclamado por la urgente necesidad que el país siente de apartar de la gobernación a los fracasados y sustituirlos por gente nueva e inculpable; y un ideal o un programa sustantivo de reconstitución y europeización, en que hemos dado voz y cuerpo a las ansias del país y a las exigencias de su desesperada situación, sacando a la política de los moldes abstractos donde se había petrificado y en que se fraguó la catástrofe<sup>55</sup>.

Seguidor, al fin, de los postulados de la Institución Libre de Enseñanza, Costa procuró proveer tanto su vida privada como pública de un halo moral inapelable,

hacer de su modo de vida un ejemplo para las masas y un respaldo para su actuación política<sup>56</sup>, y se puede pensar que en ello cifró, en buena parte, su autoridad para presentarse a la opinión pública y para oponerse, con la contundencia que hemos apreciado, al sistema de la Restauración y a sus representantes; la conciencia de su integridad moral y de la bondad de su causa, identificada con la del pueblo<sup>57</sup>, proporcionaron a Costa argumentos para lidiar con inusual determinación en la arena de la política. Bien ilustrativo es, en este sentido, el juicio del socialista Luis Araquistáin: “Fue sobre todo una conducta altísima, un maestro en el ser y en el obrar, más aún que en el pensar y en el conocer, con serlo tanto, y a él se volverán siempre, por esto, las generaciones venideras de todos los tiempos”<sup>58</sup>.

Cabe preguntarse, con todo, sobre el bagaje ideológico y cultural predominante con el que Costa trató de construir la figura ideal de su “cirujano de hierro”, así como si cabe entrar en detalle y atisbar con algún detenimiento los modelos humanos en que pensaba, en última instancia, nuestro autor cuando solicitaba “hombres superiores” que dieran solución a los muchos y difíciles problemas de la política española.

#### CIRUJANO DE HIERRO: ARTISTA DE PUEBLOS, LIBERTADOR, ALMA DE LA NACIÓN

Antes anotábamos cómo Costa se había ocupado desde muy temprano del problema de la dictadura, tanto desde la perspectiva de la teoría política como del Derecho. Así, en su tesis, *Historia y crítica de la revolución española*, con la que obtuvo en 1875 el grado de doctor en Filosofía y Letras, se aproximaba ya, al parecer por primera vez, al asunto, y básicamente con esa percepción biológica de los procesos sociales –en virtud de la cual entendía el pueblo como un todo orgánico regido por leyes naturales– que sostendría también más tarde, aunque ahora todavía con conclusiones bien distintas a las que le harían después reclamar un “cirujano de hierro”:

Quando los pueblos degeneran –escribía Costa–, recaen en la menor edad, como los individuos adultos cuando delinquen o perturban el derecho, y necesitan de la tutela de los individuos que tienen la conciencia de su posición y la vocación de su destino, y en las manos la facultad y el poder. Estos individuos surgen casi siempre en tales circunstancias, pero no siempre obran en interés del pueblo menor de quien se declaran defensores y representantes, casi siempre se mueven al viento de su egoísta interés (...) <sup>59</sup>.

Con mayor detenimiento y desde una perspectiva estrictamente erudita volvía a ocuparse del tema en su temprano libro *La vida del Derecho. Ensayo sobre el derecho consuetudinario* (1876). En diversos momentos de la obra aludía incidentalmente al asunto de la dictadura como problema jurídico y en el § 35 trazaba un recorrido rápido, aunque bien indicativo del rigor y de las muchas lecturas del autor, a través de las principales aportaciones teóricas sobre el problema

–Aristóteles, Platón, san Agustín, Maquiavelo–, y con mayor detenimiento a lo largo del siglo XIX –Ancillón, Donoso Cortés, Alcalá Galiano, Taparelli, Stuart Mill, de Tayac–<sup>60</sup>. Poco aportaba aquí Costa de su cosecha, aunque sí señalaba la insuficiencia y escaso alcance de los estudios sobre el tema y, al referir la aportación de san Agustín, incidía de nuevo en su idea de la dictadura como tutela: “reconoce en la dictadura el carácter tutelar que realmente constituye su naturaleza”, aclaraba el comentarista<sup>61</sup>.

La formulación más acabada de Costa acerca de los “hombres superiores” hay que buscarla en dos obras de madurez: *Oligarquía y caciquismo* y *Los siete criterios de gobierno*. En el informe de 1901, *Oligarquía y caciquismo como forma actual de gobierno en España: Urgencia y modo de cambiarla*, es donde definió su conocida propuesta del “cirujano de hierro”:

esa política quirúrgica, repito, tiene que ser cargo personal de un cirujano de hierro, que conozca bien la anatomía del pueblo español y sienta por él una compasión infinita, como aquella que inspiró los actos de gobierno del conde de Aranda hace siglo y tercio; que tenga buen pulso y un valor de héroe, y más aún que valor lo que llamaríamos entrañas y coraje, para tener a raya a esos enjambres de malvados que viven de hacer morir a los demás; que sienta una ansia desesperada y rabiosa por tener una patria y se arroje, artista de pueblos, a improvisarla (...) <sup>62</sup>.

También se refería aquí a tan singular personaje como “ese libertador que ha de sacar a la nación del cautiverio en que gime y desencantar la libertad”, o le impelía a “convertirse en alma de la nación (...) y al mismo tiempo ser su brazo armado”<sup>63</sup>. En la ya aludida obra, recopilada por su hermano Tomás bajo el título de *Los siete criterios de gobierno* (1914), Costa volvía a solicitar, ahora con singular insistencia, hombres de cualidades excepcionales como condición inexcusable para reconducir el extraviado rumbo de la política española. Así, ante la inminente coronación de Alfonso XIII, al cumplir sus dieciséis años, se proclamaba Costa conforme con sólo tener al frente del Estado “un hombre”, sin atribuciones especiales:

Y no precisamente, entiéndase bien, un hombre “providencial”, adornado de cualidades extraordinarias, un “superhombre”, un “genio”, un “héroe” –aunque más eficaz sería y más seguro para el efecto buscado, y habríamos de felicitarnos, si resultase que lo es–, sino uno tal como lo conocemos: un Azcárate o un Salmerón, un Villaverde o un Silvela, un Federico Rubio o un Giner, un Maura o un Moret, un Canalejas o un Echegaray (...) <sup>64</sup>.

En el mismo volumen, requería Costa de tal “hombre” la condición de “taumaturgo”<sup>65</sup>, también le exigía “sangre para nutrir y calentar al pueblo, que sienta y llore con la patria”<sup>66</sup>, y más adelante invocaba de nuevo “hombres de superior mentalidad, con dotes sobresalientes de gobierno, enérgicos, bien orientados, probos, y al propio tiempo abnegados, impersonales, olvidados de sí, identificados con el alma nacional y que alienten nada más por ella (...)”<sup>67</sup>.

Pero no sólo en sus ensayos y tratados mostró Costa su preocupación por el asunto que aquí atendemos, también y con especial persistencia manifestó el

mismo orden de intereses en sus proyectos narrativos, inéditos en su mayor parte. Agustín Sánchez Vidal ha sido quien con mayor atención se ha ocupado del Costa narrador, de modo que ha llegado a reconstruir, a partir de las desordenadas anotaciones del autor, no sólo la trama sino también el contexto cultural de uno de sus proyectos novelescos de mayores pretensiones, *Justo de Valdediós*:

*Justo de Valdediós* –escribía Sánchez Vidal– es un proyecto narrativo abiertamente destinado a servir de plataforma exaltadora de un personaje. Es esta una decisión que en un momento dado de la elaboración de las Novelas Nacionales adoptó Costa y ya no la abandonó: *Soter* y *Último día* serán obras vencidas del lado de un protagonista netamente individual.

Y anotaba a continuación Sánchez Vidal cómo el “personaje central” costiano aglutinaba valores colectivos y actuaba por resortes “nacionales e incluso humanitarios”, aunque “siempre será a través de esa previa condensación en una figura mesiánica”, cuya configuración debía mucho, a su juicio, al idealismo alemán de Fichte y Hegel<sup>68</sup>. En otro lugar, señalaba Sánchez Vidal que el protagonista de los esbozos narrativos de Costa –Justo, Justo de Valdediós, Justo Soter– se convirtió pronto en “un heterónimo suyo idealizado que ya no le abandonará nunca”, y prueba de ello es que don Joaquín transfirió a sus personajes varias de sus circunstancias vitales más relevantes –su vocación universitaria, su condición de padre, etc.–, entremezcladas con rasgos cuya inspiración autobiográfica resulta, claro, más discutible, así el “papel de Fichte al hispánico modo” que atribuyó al primer Justo o “la figura mesiánica de un dictador benéfico” que representaba Justo Soter<sup>69</sup>.

Pero tanto el afán teórico que consignamos como la atención concreta e insistente del Costa más político hacia los “hombres superiores” no resultarán entendidos en sus justos términos si no se tiene presente que nuestro autor compartió, en este sentido, inquietudes y referencias con ciertas vertientes de la entonces incipiente sociología o de la historiografía del momento.

Rafael Altamira, correspondiente, colaborador y admirador de don Joaquín<sup>70</sup>, y que se ocupó en varias ocasiones de estos asuntos desde una perspectiva historiográfica<sup>71</sup>, decía en un texto de 1898 que las teorías antiguas y las modernas sobre el “sujeto de la historia” se diferenciaban en que mientras las primeras juzgaban al individuo como “único sujeto”, y en especial a las “personalidades salientes (genios, hombres providenciales, talentos, etc.)”, las modernas tendían a considerar “como verdadero sujeto agente del movimiento histórico a la colectividad”; pero advertía que cuando las aportaciones de Macaulay, Spencer, Kidd, Lombroso, Lamprecht y otros parecían haber relegado definitivamente el antiguo individualismo “he aquí que se levanta una reacción poderosa contra ellas, y que las arrinconadas teorías de Emerson y Carlyle vuelven a florecer planteando nuevamente el problema”<sup>72</sup>. Apuntaba Altamira como sostenedores de la teoría individualista a los citados Emerson y Carlyle, junto a Hegel, Stuart Mill, H. Prutz, Lombardo-Pellegrino, etc.; señalaba, por el contrario, como defensores “de la

personalidad de la masa” a Macaulay, Spencer, Gumplowicz, Lombroso, etc.; mientras que mantenían, a su juicio, una posición intermedia autores como Guyau, Schilder o Blondel<sup>73</sup>.

El interés de Joaquín Costa por este orden de cosas aparece además expresamente ratificado en sus papeles personales. Sánchez Vidal localizó, en efecto, un legajo de *Soter*, titulado “Dictadura”, en el que se incluía una carta del Ateneo de Madrid, con fecha de 5 de noviembre de 1895<sup>74</sup>, donde se informaba a don Joaquín de la disponibilidad o no de una serie de libros, con vistas a serle remitidos, libros que, al parecer, había solicitado el aragonés: así, de Emerson, *Los representantes de la humanidad* y *Ensayos*; de Carlyle, *Los héroes*; de Macaulay, *Estudios críticos*; *La critique scientifique*, de Hennequin, y otros títulos de Taine, Guyau, Le Bon, etc.<sup>75</sup>. En la misma carpeta había recogido Costa un artículo de *Clarín* sobre *Los héroes* de Carlyle, así como una reseña de Altamira sobre el mismo libro, a la que hacían referencia, al parecer, unas anotaciones adjuntas del propio Costa:

(...) La teoría de los hombres providenciales tiene en nuestro siglo dos grandes representantes: Emerson y Carlyle. Emerson, *Los representantes de la humanidad* (1849) y los *Ensayos* (traducidos al francés por Montagut). Carlyle, *Los héroes*, traducción española con prólogo de Leopoldo Alas... Taine subordina el genio al medio... Guyau toma posición intermedia y conciliadora, *L'art au point de vue sociologique*.<sup>76</sup>

Con todo, es evidente que las incursiones teóricas de Costa en el campo de los “hombres superiores”, así como sus formulaciones políticas sobre el “cirujano de hierro”, se inscribían dentro de una corriente teórica bastante concreta, de cuño romántico –*On Heroes, Hero Worship, and the heroic in History*, de Thomas Carlyle, apareció en 1841 y *The Representative Man*, de Ralph Waldo Emerson, en 1849, por citar los hitos tal vez más representativos– y revitalizada, como señalaba Rafael Altamira, a finales del XIX. En este aspecto, no estará de más recordar, con Francisco Javier Blasco, que “el héroe que emerge de todas las obras del ‘fin de siglo’ hunde sus raíces en lo que los románticos –apoyándose en el ejemplo de Goethe y en la teoría de Hegel– denominaron *Genio*”<sup>77</sup>. Añadía Blasco que a lo largo del XIX “el arquetipo romántico del genio” adoptó diversas figuras –las de profeta, mártir, sacerdote, visionario, etc.– aunque siempre de acuerdo con un mismo patrón. Y para su descripción seguía el estudioso, según aclaraba expresamente, a Emerson, en su *The Representative Man*, y a Carlyle en *On Heroes*: “los héroes –reciban el nombre que reciban– son hombres excepcionales, revelaciones sucesivas de un principio espiritual universal, a cuyo impulso caminan los pueblos por la historia (...); en cuanto a su función tiene el *héroe* la misión de enriquecer, con obras o palabras, la vida de sus contemporáneos”<sup>78</sup>.

En definitiva, lo visto parece bastante, a mi entender, para dar por sentada la inspiración romántica de los “grandes hombres” que Costa dibujaba en sus esbozos novelescos o que invocaba en sus escritos políticos, incluido el famoso “ciru-

jano de hierro” que tanto ha dado que hablar; como también parece evidente un sustrato cultural de índole romántica en la imagen pública que el mismo Costa trató de proyectar en ocasiones y que le acarreó una fama póstuma de hombre providencial y superior, semejante al que él había tratado de definir en sus textos. Acertaba, pues, plenamente, a mi juicio, Ortega y Gasset cuando, al poco de morir el polígrafo, lo evocaba como “símbolo del pensador romántico”:

Siempre que releo aquel programa, me parece Costa el símbolo del pensador romántico, una profética fisonomía que urgida de fervor histórico místico conjura sobre la ancha tierra patria el *espíritu popular*, el *Volkgeist* que pensaron Schelling y Hegel, el alma de la raza sumida en un sopor cuatro veces centenario<sup>79</sup>.

Como hemos podido apreciar más arriba, al describir al “hombre superior” o “cirujano de hierro” que precisaba España, Costa se instalaba más en una perspectiva psicológica y moral que en una estrictamente política; es decir, detrás de su personaje no había tanto una teoría política autárquica como la visión romántica de las grandes individualidades, a la vez que una percepción tutelar del pueblo, también de acuerdo con una larga tradición del liberalismo decimonónico, aunque sin duda mucho anterior, y de gran vigor, por ejemplo, en el XVIII, donde Costa halló modelos tan señalados como el del conde de Aranda. Incluso si atendemos a la descripción del “cirujano” costiano desde un ángulo propiamente político, tendremos que convenir con Azaña en las vacilaciones y bandazos de Costa, que le llevaban a convertir “el gobernante sabio, a la oriental, especie de Salomón o de Haarumal-Raschid fundidos con Marco Aurelio (...) en un modesto jefe de República presidencial”. De modo que creía Azaña que el “cirujano de hierro” de Costa “no era fruto de su pensamiento, sino artificio improvisado por la desesperación”, y más cuando el “hombre superior” que pintaba Costa se les representaba a quienes lo oían de forma bien distinta:

Cuando recibíamos la enseñanza oral de Costa, a todos se nos antojaba el “escultor de naciones” una persona conocida, y lo que es más, un héroe necesario e inminente; moralmente, un gigantazo, vasto como el alma de la nación; Hércules y Prometeo en una pieza, sin parangón en la Historia, por muchos ejemplos que quisiéramos buscar<sup>80</sup>.

Líneas más arriba veíamos, en efecto, cómo el “cirujano de hierro” de Costa había de sentir “una compasión infinita” hacia su pueblo, había de tener “valor de héroe”, “entrañas y coraje”, o ser, en definitiva, “artista de pueblos”; en otro momento, cuando iba a ser coronado Alfonso XIII con dieciséis años, se conformaba Costa con tener “un hombre” al frente del Estado “aunque –aclaraba– más eficaz sería y más seguro para el efecto buscado” contar con un “superhombre”, un “genio”, un “héroe”; en otros lugares calificaba, como también vimos, de “libertador”, de “alma de la nación” o de “taumaturgo” al tan requerido “hombre” y le pedía “que sienta y llore por la patria”.

Así pues, parece evidente que Costa exigía un “hombre superior” entendido dentro de los parámetros de una tradición que guardaba aún entonces sus tintes e

impronta románticos, una visión del ser humano alimentada del idealismo romántico, que creía en el *genio* y en la capacidad del individuo para modificar la historia. Y resulta no menos evidente que Tierno Galván, al calificar de “prefascista” a nuestro autor, no sólo no tuvo en cuenta la defensa de la ley que exigía Costa a su “cirujano”<sup>81</sup>, sino que descontextualizó sus propuestas, las situó en un sistema de referencias ajeno y, por lo tanto, tergiversador: a Costa se le puede catalogar cabalmente de “postromántico” pero no de “prefascista”. Costa trataba de despojar de sus privilegios a la oligarquía en favor del pueblo, mientras que el fascismo persiguió todo lo contrario. Otra cosa es que el fascismo tratara en España de crearse una tradición y que para ello buscara asimilar ingredientes variopintos y escasamente conformes con su esencia. Pero eso no quiere decir sino que, como bien sentenciaba Alberto Gil Novales, “en España es peligroso hacer metáforas”<sup>82</sup>.

#### NOTAS

\* El presente artículo se basa en el primer capítulo del trabajo “El ideario de Joaquín Costa en el pensamiento anarquista del Altoaragón: Los casos de Ramón Acín, Felipe Alaiz, Joaquín Maurín, Ángel Samblancat y Ramón J. Sender”, que realicé durante el curso 1995-96, beneficiado por una ayuda económica de la Fundación ‘Joaquín Costa’.

No cabe duda de que, cada vez más, cualquier trabajo de investigación se convierte a su modo en una obra colectiva. Por ello, al tiempo que el respaldo de la Fundación he de mencionar y agradecer, especialmente, a Miguel Martínez (q. e. p. d.) y a su familia el que me permitieran consultar *El Diario de Huesca*, y a Ana Oliva y Ester Puyol, del Instituto de Estudios Altoaragoneses, sus numerosas gestiones, siempre eficaces, para que pudiera salir adelante el estudio.

- 1 *Ensayos sobre Joaquín Costa y su vida*, Huesca, Fundación ‘Joaquín Costa’, 1992, pág. 72. Edición y prólogo de Alberto Gil Novales.
- 2 *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, pág. 168.
- 3 “Introducción” a Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* I, Zaragoza, Guara, 1982, pág. 23.
- 4 *Estudios sobre Joaquín Costa*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989, pág. 315.
- 5 “La *intelligentsia* liberal y socialista ante la figura y el programa de Costa: costismo y anticostismo como constantes ideológicas”, en AA. VV., *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura-Diputación General de Aragón, 1984, págs. 175-195; trabajo recogido ahora en el libro de A. Ortí, *En torno a Costa*, Madrid, Ministerio de

- Agricultura, 1996, págs. 501-517. Sobre la pervivencia intelectual de Costa, aparte del excelente artículo de Ortí, resultan de especial interés los siguientes trabajos: de Alberto Gil Novales, “Joaquín Costa: De la crisis finisecular al socialismo”, *Annales. Anuario del Centro de la Universidad Nacional de Educación a Distancia* [Barbastro], III (1986), págs. 31-42, y “Joaquín Costa y su herencia política”, *Cuadernos del Centro de Estudios de la Historia de Monzón*, 20 (1993), págs. 195-203; de Eloy Fernández Clemente, *Estudios sobre Joaquín Costa*, ed. cit., especialmente el capítulo titulado “El eco de Costa”, págs. 303-450, o su artículo “Los ecos de Joaquín Costa: El costismo aragonés en los últimos quince años (1891-1996)”, *Turia*, 37 (junio de 1996), págs. 201-215; de Carlos Serrano Lacarra, “Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y obra de Joaquín Costa a través de la prensa aragonesa (1911-1936)”, *Anales de la Fundación ‘Joaquín Costa’*, 13 (1996), págs. 313-559.
- 6 Cit. por Rafael Pérez de la Dehesa, “Prólogo” a Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1992, pág. 12 (1ª edic., 1967).
- 7 “¡Todavía el 98!”, *Plumas y palabras*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1930, pág. 259.
- 8 *Ideólogos, teorizantes y videntes*, Barcelona, Minerva, s. a. [1922], pág. 151.
- 9 *El ocaso de un régimen*, Madrid, Editorial España, 1930, pág. 55.
- 10 “Política hidráulica y cuestión social: orígenes, etapas y significados del regeneracionismo hidráulico de Joaquín Costa”, *Agricultura y Sociedad*, 32 (julio-septiembre de 1984), págs. 11-107; recogido ahora en su libro *En torno a Costa*, ed. cit., págs. 619-691, la cita en pág. 631. El propio Ortí recuerda cómo comparte su visión de Costa con Jacques Maurice y Carlos Serrano, *J. Costa: Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*, Madrid, Siglo XXI, 1977.
- 11 *Apud* George J. G. Cheyne, *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 1972, pág. 149. A. Ortí, en su “Política hidráulica y cuestión social: orígenes, etapas y significados del regeneracionismo hidráulico de Joaquín Costa”, art. cit., incluido en *En torno a Costa*, ed. cit., págs. 619-691, sostiene que Giner y Costa coincidieron en defender un “neoliberalismo orgánico”, aunque Costa, a su entender, “va socialmente mucho más allá” del “organicismo” abstracto de Giner y del individualismo de la elite krausista y de la Institución Libre de Enseñanza (págs. 649-650).
- 12 “Primeras campañas políticas de Costa (1891-1896)”, *Anales de la Fundación ‘Joaquín Costa’*, 5 (1988), pág. 121. En este sentido, se ha de tener presente que Costa irrumpió en la vida política desde Graus, donde relanzó en 1891 la Liga de Contribuyentes de Ribagorza y fue candidato, fracasado, en las elecciones municipales en 1893, y desde Barbastro, donde organizó en 1892 la Cámara Agrícola del Alto Aragón y por cuyo distrito concurrió a elecciones parlamentarias en 1896, también sin éxito.

- 13 *Ibid.*, pág. 123. O como señalaron J. Maurice y C. Serrano, *op. cit.*, pág. 177, Costa “es el exponente de las angustias del pequeño campesinado acuciado por la crisis engendrada por la desamortización y, de manera más general, por el progreso del capitalismo agrario”.
- 14 La expresión entrecomillada es de J. Maurice y C. Serrano, *op. cit.*, pág. 185; si bien los hispanistas franceses piensan que Costa no pasó nunca de pretender representar a su propio grupo social, el pequeño campesinado (*ibid.*, págs. 177-184).
- 15 Así, de *La tierra y a cuestión social*, Madrid, “Biblioteca Costa”, 1912, “Para la blusa y el calzón corto” (págs. 120-128) o “Sobre la amnistía de los obreros” (págs. 129-132); de *Los siete criterios de gobierno*, Madrid, “Biblioteca Costa”, 1914, piénsese, por ejemplo, en “Cuatro años después de la derrota” (págs. 19-72) o en “Los siete criterios de gobierno” (págs. 91-160).
- 16 *Ensayos sobre Joaquín Costa y su vida*, ed. cit., pág. 70.
- 17 “Sobre la tumba de Costa”, *Obras completas* III, Madrid, Afrodísio Aguado, 1950, págs. 803-804.
- 18 *J. Costa: Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*, Madrid, Siglo XXI, 1977, pág. 117. De acuerdo con esa tradición intelectual de la segunda mitad del XIX que apreciaba en la observación empírica, en el positivismo, la expresión más acabada, si no única, de la ciencia, el propio autor escribió en el prólogo de su *Teoría del hecho jurídico individual y social* (Madrid, “Biblioteca Costa”, 1914, 2ª edic., pág. VIII, 1ª edic. de 1880) una ilustrativa declaración de carácter metodológico:
- Haciendo la apoteosis del fenómeno sobre todo lo abstracto y universal, negando lo que afirmaba el raciocinio de los idealistas, el saber experimental de nuestro siglo ha despertado con ruda sacudida a la razón y la ha llamado a la realidad, de la cual vivía por mitad divorciada, enseñándole cuán incompletas o deleznable eran sus conquistas, y cuán lejos estaba de haber agotado los múltiples aspectos y relaciones del Espíritu y de la Naturaleza.
- 19 *Los siete criterios de gobierno*, Madrid, “Biblioteca Costa”, 1914, pág. 135.
- 20 R. Pérez de la Dehesa, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, ed. cit., pág. 160.
- 21 “El fin de la última tregua”, en *Los siete criterios de gobierno*, ed. cit., pág. 16. El subrayado aparece ya en el texto de Costa.
- 22 *Crisis política de España*, Barcelona, Producciones Editoriales, 1980, pág. 54. Edición de Ramón Liarte (1ª edic. de la obra, 1901).
- 23 George J. G. Cheyne (ed.), *Confidencias políticas y personales: Epistolario Joaquín Costa-Manuel Bescós, 1899-1910*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 1979, pág. 44. Los subrayados son de Manuel Bescós.

- 24 *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, ed. cit., pág. 160.
- 25 “Estudio introductorio” de Alfonso Ortí a Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975, tomo I, págs. XIX-CCLXXXVII, incluido en *En torno a Costa*, ed. cit., págs. 171-389.
- 26 “Sobre la tumba de Costa”, *Obras completas*, ed. cit., págs. 801-815.
- 27 Así puede apreciarse, por ejemplo, en el estudio de J. A. Ereño Altuna, *De psicología de los pueblos y de folklore. Con motivo de tres textos desconocidos de Unamuno*, Bilbao, 1995, págs. 9-14, especialmente.
- 28 Cit. por J. A. Ereño Altuna, *op. cit.*, págs. 40 y 44.
- 29 Cit. por Juan Marichal, *El secreto de España*, Madrid, Taurus, 1995, pág. 153. En el fin de siglo, como han apuntado J. Maurice y C. Serrano –*op. cit.*, págs. 16-22–, tanto pensadores clericales como institucionistas o, incluso, líderes socialistas creyeron que el pueblo español precisaba de “tutela”, es decir, de una minoría o elite intelectual que le orientara.
- 30 *Debemos a Costa*, Zargoza, Tip. de Emilio Casañal, 1911, págs. 45-46.
- 31 *Obras completas* III, Madrid, Alianza-Revista de Occidente, 1988, pág. 91.
- 32 “Yo me inclino a pensar –escribía en 1906– que la causa de nuestra inferioridad y de nuestra decadencia es étnica y tiene su raíz en los más hondos estratos de la corteza del cerebro”, prólogo al libro de R. Sánchez Díaz, *Juan Corazón*, apud R. Pérez de la Dehesa (ed.), Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*, Madrid, Alianza, 1992, pág. 164. En el mismo sentido, *cf.* *Los siete criterios de gobierno*, Madrid, Biblioteca ‘Costa’, 1914, pág. 83; o también *Oligarquía y caciquismo... I*, ed. cit., pág. 108.
- 33 *España invertebrada*, en *Obras completas*, ed. cit., págs. 91-92.
- 34 Así, escribió, por ejemplo: “(...) cuando en una nación la masa se niega a ser masa –esto es, a seguir a la minoría directora–, la nación se desmembra, la sociedad se desmembra, y sobreviene el caos social, la invertebración histórica”, *ibid.*, pág. 93. Con todo, para calibrar el alcance y significación tanto de la sensibilidad finisecular, de la que participó plenamente Costa, como del llamado novecentismo, patrocinado en buena medida por Ortega, cabe recordar cómo en el proceso de adquisición de conciencia política que experimentaron la literatura y el arte en los años treinta, fueron actualizadas abundantes referencias del fin de siglo –con sus dosis de determinismo, su traslación a los procesos sociales de criterios biológicos o su idealización de lo popular–, ya fuesen aglutinadas bajo el marbete de “nuevo romanticismo” o convertidas en resortes ideológicos de lo que se llamó literatura de avanzada, en oposición a la de vanguardia. Así, los escritores comprometidos de los años de la República, mientras incrementaban su conocimiento del marxismo, acudieron en numerosos aspectos al bagaje ideológico

finisecular al tiempo que se distanciaban cada vez más del magisterio intelectual de Ortega. Cfr. mi libro *Ramón J. Sender (1924-1939). Periodismo y compromiso*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994, especialmente págs. 92-135.

- 35 “El populismo. Un concepto escurridizo”, en José Álvarez Junco (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987, pág. 171.
- 36 J. Maurice y C. Serrano, *op. cit.*, pág. 183.
- 37 Alfonso Ortí, “Para analizar el populismo: Movimiento, ideología y discurso populistas. (El caso de Joaquín Costa: populismo agrario y populismo españolista imaginario)”, *Historia Social*, 2 (otoño de 1988), pág. 88. El subrayado es de A. Ortí. En un reciente trabajo, Cristóbal Gómez Benito y Alfonso Ortí Benlloch –*Estudio crítico, reconstrucción y sistematización del corpus agrario de Joaquín Costa*, Huesca, Fundación ‘Joaquín Costa’, 1996, págs. 35-36– señalan que fue Rafael Altamira, ya en 1897, quien, por primera vez, conceptuó a su amigo como “populista”, al parangonar sus investigaciones con las de los populistas rusos.
- 38 *Op. cit.*, pág. 143.
- 39 *Costa y el problema de la educación nacional*, Barcelona, Cervantes, 1920, págs. 52-53. El propio Rafael Salillas, amigo del autor desde los años de estudiantes de bachillerato en Huesca y permanente interlocutor del polígrafo, como ha puesto de manifiesto recientemente Juan Carlos Ara –“Del folklore a la acción política. Tres calas en el pensamiento nacional de Joaquín Costa a través de sus corresponsales (A. Machado, R. Salillas, P. Dorado)”, *Anales de la Fundación ‘Joaquín Costa’*, 13 (1996), especialmente en págs. 67-81– calificaba a su amigo en un artículo de 1906 como “escultor de pueblos” y “cirujano de hierro” –*ibid.*, pág. 117.
- 40 Por ejemplo, en el amplio escrito sin firma “Un libro de Costa. *Alemania contra España*”, *El Diario de Huesca*, Huesca, 17 de julio de 1915, pág. 1; o, poco después, en “La conciencia perdida. Joaquín Costa partidario de una alianza de España con Francia”, *El Diario de Huesca*, Huesca, 15 de septiembre de 1915, pág. 1. Según señaló George J. G. Cheyne –*Joaquín Costa, el gran desconocido*, ed. cit., pág. 106– *Alemania contra España* es “una compilación de varios escritos de Costa, llevada a cabo por don Julio Milego en un conato de contrarrestar los sentimientos germanófilos de muchos españoles durante la primera guerra mundial”.
- 41 “Joaquín Costa. Semblanza y psicografía”, *Siluetas. Revista política, literaria y de actualidad*, 1 (15 de mayo de 1923), s. p. George G. J. Cheyne en su, por tantos conceptos admirable, *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, Zaragoza, Guara, 1981, pág. 276, atribuía erróneamente este trabajo a Joaquín Samblancat.
- 42 Mariano Naval, presidente de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, y otros, “Un manifiesto germanófilo”, *Ideal de Aragón*, 7 (20 de noviembre de 1915), pág. 3.

Recientemente se ha ocupado de la susodicha diatriba entre Samblancat y *Kossti* Carlos Serrano Lacambra, en el marco de sus indagaciones sobre el proceso mitificador de Costa emprendido tras su muerte desde posiciones aragonesistas (“Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y obra de Joaquín Costa a través de la prensa aragonesista [1911-1936]”, cit., págs. 444-449).

- 43 El manifiesto es reproducido, como de Bescós, en su obra *La Gran Guerra*, según observó José-Carlos Mainer, “Introducción” a Silvio Kossti, *Las tardes del sanatorio*, Zaragoza, Guara, 1981, pág. 15.
- 44 “Para Ángel Samblancat”, *La Crónica de Aragón*, Zaragoza, 17 de enero de 1916, pág. 4. Al día siguiente, apareció la segunda y última parte del escrito (pág. 4). Casi dos meses después, salió a la luz otro artículo de *Kossti* en torno al mismo asunto -“De Silvio Kossti a Samblancat”, *La Crónica de Aragón*, Zaragoza, 8 de marzo de 1916, pág. 4- en el que pretendía zanjar ya la polémica, si bien aprovechaba para defender un “programa” de dos puntos, “[i]mpuesto sobre el suelo” y “[l]ibre cambio mundial”, al tiempo que descalificaba como poco acorde con los tiempos el republicanismo de Samblancat y de *Ideal de Aragón*. No obstante, en octubre del mismo año reiniciaron el intercambio de artículos, con menor acritud, y quedando ya muy en segundo plano la figura de Costa: *Silvio Kossti*, “Al señor don Ángel Samblancat”, *La Crónica de Aragón*, Zaragoza, 1 de octubre de 1916, pág. 1, y 2 de octubre de 1916, pág. 4.
- 45 “Nuestra herencia”, *Ideal de Aragón*, 16 (22 de enero de 1916), pág. 1. Antes del citado texto ya había publicado Samblancat en *Ideal de Aragón*, “Carta a Silvio Kossti” (1 de enero de 1916, pág. 1), y después: “Contrarréplica. Para Silvio Kossti” (5 de febrero de 1916, pág. 1), “Cuarta contra Catilina” (12 de febrero de 1916, pág. 1), “A. S. suo Silvio Kossti, salutem” (7 de octubre de 1916, pág. 1) y “Filípica a Silvio Kossti” (14 de octubre de 1916, pág. 1). También respondió al manifiesto de la Cámara Agrícola del Alto Aragón Venancio Sarría, en un excelente artículo: “Germanofilia pseudo-costista”, *Ideal de Aragón*, 5 (27 de noviembre de 1915), pág. 1. Sarría solicitaba, por ejemplo, de los firmantes del manifiesto que no tomaran “el nombre del Insigne para exponer sus ideas”.
- 46 Sobre la mayor dependencia ideológica de Samblancat con respecto a los parámetros finiseculares que con la promoción de Ortega y el novecentismo, en general –a pesar de ser ésta propiamente su generación biológica–, puede verse mi artículo “El ‘León’ y su ‘cachorro’. La devoción costista de Ángel Samblancat”, *Rolde. Revista de Cultura Aragonesa*, 77-78 (julio-diciembre de 1996), págs. 64-71.
- 47 “Contrarréplica. Para Silvio Kossti”, art. cit., pág. 1.
- 48 “Cuarta contra Catilina”, *Ideal de Aragón*, 19 (12 de febrero de 1916), pág. 1.
- 49 “Leones de Aragón”, *Ideal de Aragón*, 49 (12 de agosto de 1916), pág. 1.
- 50 Así, Ramón Acín escribía en 1914 que “citar a Costa es citar versículos del Evangelio”, “Perfiles. Por fin se aprobó”, *El Diario de Huesca*, Huesca, 23 de diciem-

- bre de 1914, pág. 1. Y Ramiro de Maeztu, *Debemos a Costa*, ed. cit., pág. 41, decía: “Debemos a Costa un ejemplo de santidad activa que no se conforma con la vida personalmente austera, sino que se consagra toda entera a los demás en el esfuerzo y en el trabajo cotidianos (...)”.
- 51 “¡Escultor de pueblos! ¿Es guasa?”, *Andalán*, 444 (1-15 de febrero de 1986), págs. 24-26.
- 52 *Ibid.*, pág. 25. Por otra parte, dos de los que informaron a propósito de la memoria de Costa “Oligarquía y caciquismo” (1901), Lorenzo Benito y Tomás Bretón, señalaban que Costa había de ser el famoso “cirujano de hierro” que él mismo había reclamado.
- 53 “Sobre la tumba de Costa”, *Obras Completas III*, ed. cit., pág. 803.
- 54 “La *intelligentsia* liberal y socialista ante la figura y el programa de Costa: costismo y anticostismo como constantes ideológicas”, en AA. VV., *El legado de Costa*, ed. cit., págs. 175-176.
- 55 *Apud* Rafael Pérez de la Dehesa (ed.), Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros ensayos*, ed. cit., págs. 250-251 (el discurso completo en págs. 233-255).
- 56 En este sentido, cabe recordar que George J. G. Cheyne señaló en su biografía –*Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 1972, págs. 110-111– la posibilidad de que Costa no se casara con Elisa, la madre de su hija, porque el hacerlo tras el nacimiento de Pilar “revelaría una debilidad de conducta poco consonante con los ideales krausistas”; si bien, finalmente, el estudioso inglés piensa que “el factor determinante (...) fue la convicción de Elisa de que si se casaba con ella Joaquín pondría en peligro un porvenir brillante como hombre público ante todo, y como intelectual en segundo lugar”.
- 57 En carta a F. Baraybar de Haro y a M. Bescós (14-3-1900), Costa agradecía así a sus corresponsales unas declaraciones en su favor: “Pero [la provincia de Hueca] ha preferido seguir en la miseria con mis enemigos a tomar conmigo el camino de su redención económica y administrativa. La adhesión de Vds. en ese documento me llena, como caída en uno de los nidos de mis contrarios (contrarios de la provincia, del pueblo), (...)”; en G. J. G. Cheyne (ed.), *Confidencias políticas y personales: Epistolario Joaquín Costa-Manuel Bescós, 1899-1910*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 1979, pág. 40.
- 58 *El ocaso de un régimen*, ed. cit., pág. 58. Hemos de coincidir, pues, con Azaña cuando advertía que Costa había sido “más que un innovador (...) un moralizador de la política” (“¡Todavía el 98”, *Plumas y palabras*, ed. cit., pág. 253), o con Gabriel Jackson cuando escribe que Costa “formuló su programa político y económico como si fuera un programa de salvación moral” (*Costa, Azaña, el Frente Popular y otros ensayos*, Madrid, Turner, 1976, pág. 26). Por su parte, J. Maurice y C. Serrano señalaban, al respecto –*op. cit.*, pág. 187–, que nuestro autor “con todo su moralismo (...), es el último retoño del anarquismo idealista decimonónico”.

- 59 *Historia crítica de la revolución española*. Edición, introducción y notas de Alberto Gil Novales, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992, pág. 55.
- 60 Zaragoza, Guara, 1982, págs. 249-252.
- 61 *Ibid.*, pág. 249.
- 62 *Oligarquía y caciquismo... I*, Zaragoza, Guara, 1982, pág. 195.
- 63 *Ibid.*, pág. 106.
- 64 “El fin de la última tregua”, *Siete criterios de gobierno*, ed. cit., pág. 16. Los entrecorillados aparecen ya en el texto citado.
- 65 “Cuatro años después de la derrota”, *ibid.*, pág. 45.
- 66 “Siete criterios de gobierno”, *ibid.*, pág. 139.
- 67 *Ibid.*, pág. 151.
- 68 A. Sánchez Vidal, *Las novelas de Joaquín Costa, I: Justo de Valdediós*, Zaragoza, Departamento de Literatura Española-Universidad de Zaragoza, 1981, pág. 115.
- 69 “Una patria de tinta: el legado novelístico de Costa”, en AA. VV., *El legado de Costa*, ed. cit., pág. 54.
- 70 Cfr. George J. G. Cheyne (ed.), *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, Alicante, Instituto de Cultura ‘Juan Gil-Albert’, 1992.
- 71 En 1895, la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Madrid, presidida por Joaquín Costa, promovió un estudio acerca de “Tutela de pueblos en la Historia”. La Sección trató de elaborar un Informe, como después sobre “Oligarquía y caciquismo”, y para ello requirió la colaboración de numerosas personalidades y estudiosos; sin embargo, las aportaciones quedaron reducidas a tres conferencias: la del propio Costa, “Viriato y la cuestión social en España en el siglo II antes de Jesucristo”, la de Rafael Altamira, “El problema de la dictadura tutelar en la Historia”, y la de Eduardo Hinojosa sobre “Régimen municipal de España en la Edad Media”. El trabajo de Altamira apareció publicado en *La Administración* [Madrid], tt. II y III (marzo-abril de 1896), págs. 774-753 y 100-120 (cfr. “Al lector. Explicando el título de este libro”, Joaquín Costa, *Tutela de pueblos en la Historia*, Madrid, Biblioteca ‘Costa’, [1917], págs. X-XIII), y luego formaría el capítulo V de su *De Historia y Arte*, Madrid, 1898. También se ocupó Altamira de la misma problemática, como anotaba Cheyne (ed.), *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, ed. cit., pág. 191, en “Le problème de l’homme de génie et de la collectivité dans l’Histoire”, *Revue Internationale de Sociologie* (junio, 1898), reimpresso después en *Cuestiones modernas de Historia* (1904) y en el prólogo a su edición de *la Historia de la Revolución Francesa*, de Thiers, reproducido en la segunda edición de *Cuestiones modernas de Historia* (1935).

- 72 *Cuestiones modernas de Historia*, Madrid, Daniel Jorro, 1904, págs. 55-56.
- 73 *Ibid.*, págs. 58-59.
- 74 Momento, por lo tanto, en que Costa estaría preparando su intervención en el propio Ateneo acerca de “Viriato y la cuestión social en España en el siglo II antes de Jesucristo” (19 de noviembre), dentro de la información sobre “Tutela de pueblos en la Historia”.
- 75 A. Sánchez Vidal, *Las novelas de Joaquín Costa, 1: Justo de Valdediós*, ed. cit., pág. 116.
- 76 *Ibid.*, págs. 117-118.
- 77 “Algunas notas para el estudio de la presencia de Gracián en el ‘héroe’ modernista”, en *Gracián y su época. Actas de la I reunión de filólogos aragoneses*, Zaragoza, Institución ‘Fernando el Católico’, 1986, pág. 389.
- 78 *Ibid.*, pág. 390. Decía también F. J. Blasco que el romanticismo proyectaba la figura del genio sobre el poeta y reclamaba de éste una alta misión social (*ibid.*): “como *apóstol de la justicia*, como *mártir* (J. Martí), como *conductor de pueblos* (S. George), como *profeta* (Hölderlin), como *visionario* (Carlyle)...”. Los subrayados son de F. J. Blasco.
- 79 “Observaciones”, *El Imparcial*, Madrid, 25 de marzo de 1911, *Obras completas I*, ed. cit., pág. 169.
- 80 “¡Todavía el 98!”, en *Plumas y palabras*, ed. cit., págs. 259-260. Tampoco Luis Araquistáin, coetáneo de Costa, llegó a entender a su “cirujano” como una figura “pre-fascista” –según el remoquete de Tierno Galván– sino como una “[e]specie de héroe carlyliano” (*El pensamiento español contemporáneo*, Buenos Aires, 1968, p. 62, cit. por A. Sánchez Vidal, *Las novelas de Joaquín Costa, 1: Justo de Valdediós*, ed. cit., pág. 117); percepción que para Sánchez Vidal (*ibid.*) es “muy suscribible”.
- 81 Su misión era precisamente, no saltarse la ley, sino hacerla cumplir (Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo... I*, ed. cit., pág. 106).
- 82 “Introducción” a J. Costa, *Oligarquía y caciquismo...*, ed. cit., pág. 22.